

LA PARTE MALDITA DE LOS NUEVOS CABALLEROS DEL MUNDO

THE ACCURSED SHARE OF THE NEW RIDERS OF THE WORLD



Fabián Sanabria¹

Vol.9 nº 17 jan./jun.2014
p. 181-186

RESUMO: Apresenta-se neste artigo uma visão trágica da existência, situando-se entre o vitalismo de Bataille e o apocalipse maffesoliano como fundamento de uma nova ordem, a pós-modernidade. O utilitarismo perde espaço, força e sentido diante das evidências, no campo social, de forças até então sufocadas pela modernidade. O 11 de Setembro, para o antropólogo, ainda motiva questionamentos dessa liquidez, nos termos de Bauman.

PALAVRAS-CHAVE: Imaginário; Bataille; Maffesoli; Teoria social.

ABSTRACT. This article presents a tragic vision of life, standing between the vitalism of Bataille and maffesoli's apocalypse as the foundation of a new order, the postmodernity. Utilitarianism loses space, strength and meaning in modernity. September 11, for the anthropologist, still motivates questioning this liquidity, according to Bauman.

KEY-WORDS: Imaginary; Bataille; Maffesoli; Social theory.

Desde el furor de las profundidades, a partir de la división social y sexual del trabajo, el hombre no ha hecho más que introducir una diferencia entre él y la naturaleza: subordinar los objetos y medios presentes en función de su utilidad futura. Ese utilitarismo lo ha encerrado en sí, conduciéndolo a una alocada carrera entre crecimiento y productividad, buscando un supuesto horizonte trascendental que, persiguiéndolo, no lo deja descansar. Y la vida no es solamente una forma que se configura desde los límites de lo útil, sino especialmente una fuerza que se despliega, se derrocha y se da produciendo un excedente destinado a la destrucción.

Tras el derrumbe de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, trazos típicos del momento de saturación que estamos viviendo conducen a proclamar por todas partes la palabra "crisis". Pero de ese término se ha olvidado su etimología. Crisis quiere decir cambio y, como lo señaló Michel Maffesoli en su libro *Apocalypse*, cuya consigna ha sido el epígrafe de este evento, "el fin de un mundo no es el fin del mundo", a lo que asistimos hoy no es ya al agotamiento de los "grandes relatos", como lo señalaba Jean-Francois Lyotard en su célebre "condición postmoderna", sino al desmoronamiento de un cierto horizonte de pensamiento que ha

¹ Antropólogo y doctor en sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia y Director General del Instituto Colombiano de Antropología e Historia-ICANH.

²Hacia mediados de la década de los treinta, George Bataille sorprendió al mundo intelectual francés con un deslumbrante escrito publicado en la revista *La Critique Social*, llevando hasta sus últimas consecuencias la noción de "gasto improductivo", para pensar a partir de allí una existencia soberana que restituyera a las singularidades su fuerza e hiciera de cada hombre un dios. Desde esa época, sus investigaciones trazaron un puente entre el surrealismo y las religiones, pasando por el materialismo histórico a fin de crear en compañía de Roger Caillois y Michel Leiris el Colegio de Sociología Sagrada. En ese contexto, y tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, sus escritos apuntaron a "fundar las leyes de la economía general frente al limitado horizonte de la economía restringida". Así, en 1949, publica *La parte maldita*, trabajo fundamental para un momento como el nuestro, en donde antes que ver un Apocalipsis vale la pena constatar el retorno de antiguos comienzos.

pretendido orientar teleológicamente al hombre y al cosmos, encerrándolos en una neurosis obsesiva de "salvación". Dicho de otro modo, podríamos decir que ya "casi nadie se quiere salvar", de la misma manera que las creencias en el más allá se evaporan en un mundo que nos confronta permanentemente desde el "más acá", mientras los guardianes del orden se esfuerzan por censurar los excesos de la naciente postmodernidad.

En esta ponencia quiero abordar –recordando a George Bataille– las nociones de dilapidación y de gasto improductivo, para recordar de otro modo el "instante eterno" de un acontecimiento que, pese a innumerables rituales fallidos, no se ha podido conjurar: el fatídico 11 de septiembre de 2001. Pese a la liquidez o, mejor aún a la liquidación de numerosas instituciones sociales, el mundo contemporáneo participa de la invitación a redibujarse como un campo sin más reparos que su propia enunciación, un universo donde paradójicamente la risa, el erotismo y la poesía aparecen como experiencias ligadas al gasto, al momento que se resuelve en Nada y designa el reino peligroso y milagroso del no saber, la posibilidad de otra soberanía donde divague una subjetividad más profunda. Desafortunadamente, entre el creer y el saber modernos se ha relegado el intuir, del mismo modo que el olfato fue desplazado inicialmente por el oído y, después de la invención de la fotografía, por la vista. No obstante, numerosas manifestaciones estéticas y políticas contemporáneas han vuelto a las profundidades de esos viejos sentidos, donde el vientre digestivo y sexual nos invita a religarnos con esa parte oscura o del diablo que, siguiendo a Georges Bataille, podríamos llamar "maldita", la cual encierra nuestra condición animal que al derrocharla impedimos que se bestialice.

Antes que el economicismo consistente en enunciar que "todo don implica un contradon" (Lévis-Strauss en su *Introducción a las Obras completas de Marcel Mauss*), o que para devolver lo que nos dan se requiere de la "acción del tiempo": *yo sé y no quiero saber que tú sabes y no quieres saber que algún día me devolverás lo que te doy* (Bourdieu y sus *Razones prácticas*)..., renovadas figuras del *Potlatch* recuperan hoy la exigencia del gasto improductivo como función social. Así como para el autor de *La literatura y el mal*, de la pérdida positiva del gasto improductivo se derivan el honor, la nobleza y la jerarquía, toda una constelación de valores significativos se manifiesta en la actualidad invitándonos a pasar de una "economía restringida", la cual solo considera las actividades humanas inscritas bajo el signo de la utilidad y la escasez, la conservación y la ganancia, a una "economía general" que permita dar cuenta de las operaciones de pérdida y lujo, de derroche y don.

Acceder a la "función insubordinada del gasto libre", debería ser uno de nuestros desafíos antropológicos. Ello implica descender al *régimen nocturno de la imagen*, donde la aventura se roza con el sacrificio, pues restituyendo al mundo profano del trabajo lo que el uso servil degradó y cosificó, se emprende la "búsqueda de una intimidad perdida". Allí, en el éxtasis sacrificial de la "noche oscura del alma", se abren las profundidades del mundo, se afirma una trascendencia que, al liberar una violencia sin restricciones, comunica la inmanencia del hombre en relación consigo mismo, con los demás y con el cosmos. Puesto que toda ganancia genera un excedente y dicho excedente vale la pena gastarlo, el derroche contemporáneo –a pesar de las quejas de tantos nostálgicos que dicen no tener con qué comprar y que sin embargo siguen gastando– dibuja la forma exterior que asumen las fuerzas destinadas a la dilapidación. Dichas fuerzas renuevan de múltiples formas hoy la *parte maldita* del hombre, ligada a la experiencia interior del mundo, e invitándolo a "armarse caballero".

En buena medida, nuestra intimidad ya no procede de la utilidad laboral sino que empieza a constituir en sí una experiencia soberana. El naciente caballero (o dama) de esa soberanía debe permanentemente "exponerse a un riesgo", porque como todo rey (o reina), el monarca de sí mismo es consciente de que tiene muchos enemigos y amigos, y también sabe que virtualmente tiene más posibilidades de perder o de ganar que cualquiera de sus vasallos. Así, los nuevos caballeros del mundo se designan a partir de su fondo inclasificable, y milagrosamente descubren una subjetividad profunda. Más acá de las errancias místico-eróticas del Don Juan contemporáneo, quien abruptamente liquida sus conquistas "oprimiendo la tecla delete", el sacro

oficio de refundar hoy la "orden de los hermanos", una fraternidad de solitarios que se resisten a serlo y por tanto se hacen señas (comunidad de los que no tienen comunidad), podría recrearse un hombre que con sus excedentes, gastándolos, realiza el pasaje de lo utilitario a lo íntimo, cuyo gozo se verifica gracias al riesgo, cuando todas las posibilidades se ponen en juego. Contrario al ahorrador pequeño burgués que invierte en varios proyectos para que, en caso de perder alguno no pierda todo, el nuevo caballero del mundo contemporáneo, similar al "errante querubínico" descrito por Angelus Silesius, invierte la totalidad de sus acciones en cada juego que realiza: o gana todo o pierde todo.

Algunos nostálgicos de la modernidad recusarán esta economía general como un retorno al "romanticismo anárquico", y proclamarán que derrochar es irresponsable cuando se tiene que ver con los estados. Lo que desafortunadamente los críticos miopes no vislumbran es que independientemente de convocar a una "fetichización de la transgresión", la *parte maldita* de los nuevos caballeros del mundo da cuenta del más allá de la utilidad como principio, porque señala el horror de asumir que el problema no es el miedo a la muerte, sino el presente sin más. El miedo a la muerte ha ligado el dato natural al campo utilitario y a la práctica, la prohibición en cambio, aparece a través de la transgresión de ella como la clave que descifra hoy lo sagrado. En ese horizonte, sagrado puede volverse todo aquello que contradice el dato natural, que lo niega mostrando sus contradicciones, que ante el campo utilitario es juzgado como antinatural porque yergue un soberano autónomo, participe de una triple clasificación: soberano es el rey de sí mismo, el hombre libre y el goce de las posibilidades que la utilidad no permite ni justifica.

El más allá de la utilidad es realmente el principio de toda soberanía. Ya no se trata de administrar servilmente el tiempo presente junto con las fuerzas personales para una utilidad futura, sino que se quieren afirmar los instantes extáticos de la embriaguez, aquellos que designan una experiencia soberana. Dicho de otro modo, se trata de conquistar una intimidad en la cual la singularidad es puesta fuera de sí, un instante que por exponerse a un afuera inaprensible, a un porque sí, a una Nada, la hace coincidir momentáneamente con el espacio de lo divino. El sentido de esa profunda libertad se da en la destrucción de lo productivo, cuya esencia es consumir sin provecho aquello que podría permanecer encadenado a las obras útiles. El sacrificio como la locura, en absoluto subordinados a la contabilidad o preocupados por el futuro, destruyen lo que consagran.

Paralelamente, la inutilidad y el tiempo que tras el 11-S se ha dilapidado en el ciberespacio y en las redes sociales (escribir en 140 caracteres alguna frase para no decir gran cosa), así como el desperdicio para el mundo productivo de tantos "jóvenes violentos" que se uniformizan al compás de las tribus urbanas, puesto que perfectamente ellos saben que no tienen futuro ni les interesa construir un proyecto sino gozarse el trayecto, es un indicador de la volatilidad de nuestro tiempo. Del mismo modo, la multiplicación obsesiva de un sinnúmero de inversiones en "capital sensual" para adquirir un cuerpo estereotipado (belleza que humilla y no que exalta), más allá de corroborar manipulaciones publicitarias y uniformidades estéticas, sugiere la expresión de un deseo: bostezo que quiere dar lo que no se tiene al que no lo quiere. ¿Cómo interpretar esto?

Tal como lo señalaba Albert Camus en su magnífico texto *La caída*, "la embriaguez y la orgía nos proveen el único alivio del que somos dignos", un secreto aparentemente olvidado que vale la pena recordar: *la vraie débauche est libératrice. On laisse en y entrant le crainte comme l'espérance. La conversation n'y est pas obligatoire. Ce qu'on vient y chercher peut s'obtenir sans paroles et souvent même, oui, sans argent.* Esa experiencia soberana coincide con la Nada, pues asume el instante en el que somos arrojados fuera de la espera. Espera que si se reviste de utilitarismo significa caer en la "tentación de hacer el bien", pero en un registro transgresor puede ser la búsqueda de un im-posible, experiencia del mal, un más allá de la utilidad. La existencia humana está escindida cada vez más trágicamente. Mientras que en el mundo profano del trabajo, la vida, agenciada por medio de prohibiciones y tabúes, condena al hombre a una condición servil, en el ámbito renovado de lo sacro, es decir del sacrificio, la existencia se abre sobre sus límites más allá

de la utilidad. La soberanía es desde ese punto de vista el instante milagroso en el que la espera se desperdicia, la semilla se pierde, la figura de Onán retorna, los hermanos se masturban, esperar se resuelve en nada.

Ahora bien, el objeto de deseo sigue siendo humanamente un milagro que se reviste de gloria, riqueza, tristeza, belleza o violencia: no hay más escisión si se considera la existencia en su sentido último, que la establecida entre utilidad y gasto, entre lo hermoso y lo horrible, entre lo poético y lo repugnante, entre lo erótico y lo fúnebre. Ese registro soberano y sagrado que tensa las seguridades taciturnas de lo profano, solo es posible en virtud de aquello que se cifra a partir de la figura del sacrificio hoy: dan ganas de volver a dar, de regalar a pesar del interés, de querer entregarse, de acordar al otro el tiempo que no se tiene. La virtud del don es el desbordamiento del sujeto que da, de quien se entrega a sí mismo. Es por ello que el poder de dar consiste en perder. Pérdida que para la economía restringida solo atañe a la dilapidación singular, marcando los límites de la prohibición sexual hasta la apoteosis del servilismo y la esclavitud a partir de la racionalidad entendida en términos estrictamente productivos.

La "racionalidad de lo nuevo", como definiera Jean Baudillard la modernidad, es normalmente una compartimentalización de los campos del creer y del poder, estructurados bajo una economía de carencia y miedo a la muerte, que posibilita la conformación de sociedades en las que el laso entre los hombres es generalmente egoísta y mezquino. De allí que la maravillosa postulación de un renovado *erotismo* presenta a los sujetos deseantes como singularidades aisladas, sin otra cosa en común que el vértigo del abismo. Abismo fascinante y aterrador, que constituye la muerte o la discontinuidad entre dos seres. La existencia capturada por dispositivos de disciplina o de control (Foucault y su *Arqueología del saber*), nos ha hecho creer que somos sujetos aislados y separados cuando en realidad nos mueve el despliegue de una única fuerza contradictoria: la pulsión erótica que, como la poesía o la muerte, se abre a una continuidad más allá de los límites de su propio agotamiento.

Los sujetos deseantes que expresamos abiertamente nuestras pulsiones podemos ser vistos como enemigos, más aun como tipos peligrosos para los desgastados estados modernos. *La parte maldita* que expresamos es el despliegue de las fuerzas vivas del hombre sobre la inmensidad del cosmos, en una triple dimensión: religiosa, erótica y artística que nos abre más allá de la utilidad. Más allá que, en sentido estricto, es un más acá o intimidad perdida entre instantes eternos y soberanos: un "querer estar a la altura de lo cotidiano". Es por ello que las expresiones rebeldes o anárquicas de los ciudadanos que se tomaron Wall Street o de los miles de jóvenes de la "primavera árabe", pueden leerse también como un querer dar cuenta por un lado, de los procesos de la subjetividad humana escindida entre la utilidad y el gasto y, por otro, de la postulación de una pragmática: recuperar la soberanía no ya como la prerrogativa de los estados sino como la posesión de todos aquellos que alguna vez creyeron en la magia de lo sagrado. Podría decirse entonces que aquí se postula en sentido amplio una intersección entre lo religioso y lo político: el despliegue de la vida de los hombres implica la producción de un excedente económico que en la antigüedad era derrochado en el *Potlatch* (el poder del don se adquiría por el hecho de perder, pero la pérdida se atribuía visiblemente a aquel que la efectuaba, concediéndole un prestigio por su derroche)... En la actualidad, se constata a través del poder armamentista y el gasto militar que desafortadamente nos endeuda (correlatos del crecimiento económico y de la productividad a ultranza: la guerra contra el terrorismo como sostén de la economía mundial).

De algún modo, la entrada a un nuevo tiempo inaugurado por el 11-S, visto caricaturalmente como "choque de civilizaciones", no fue tan caricatural: el Islam reducido a empresa militar se enfrentó al "espíritu del capitalismo", porque cada vez se soporta menos la idea de "accidente", y curiosamente son accidentes e incidentes los acontecimientos que nos permiten tomar conciencia del momento en que vivimos. Así, en un evento que como éste se precia de transmutar un supuesto "fin del mundo" por el "hambre del mundo", vale la pena sacar al menos 11 lecciones del fatídico 11 de septiembre que nos introdujo a un renovado momento: el "tiempo de las tribus".

El 11-S se identificó como una mutación que cambió los paradigmas del mundo...

Por más nuevas Torres Gemelas que haya, por más celebraciones que realicemos, este acontecimiento nos cuestiona: *¿estamos en otro momento histórico o se trata más bien del retorno de lo reprimido?*

Desde el 11-S, predominó a escala planetaria el Estado de Excepción, que por naturaleza debería ser excepcional.

Curiosamente la reacción moderna fue conjugar a diestra y siniestra la frase aterradora, típicamente proselitista y cristiana de San Pablo: "Quien no está con nosotros, está contra nosotros...".

Tras el 11-S se ha usado y abusado de la categoría "terrorismo", olvidando su definición más elemental: todo ataque perpetrado contra civiles que no están armados.

¿Qué decir entonces del llamado "mal menor", en honor a la "menos peor de todas las formas de gobierno"? En la medida en que las democracias combaten el terrorismo con las mismas armas con que éste las ataca, pierden lo poco que civilizatoriamente han conquistado.

4. Prevalció entonces una concepción totalitaria de seguridad, olvidando otras inseguridades que los ciudadanos sufrimos a diario...

Se empezó a gobernar con miedo y, obviamente, de eso sacaron partido muchos políticos (por no decir tiranos, algunos de ellos disfrazados de "demócratas") que a través del miedo gobiernan...

5. Los viejos fantasmas de la guerra fría para combatir el terrorismo se revelaron inútiles.

Tratando de combatir el mal del terrorismo, se han rehabilitado viejos fantasmas, olvidando que el terror puede venir de cualquier lado, y que no se puede combatir con los mismos medios con los que se llevaba a cabo la "guerra fría".

6. Se ha olvidado la difícil occidentalización del próximo y mediano Oriente.

Al decirle *vade retro* al Islam, Occidente ha seguido atomizándose y continúa negándose a la posibilidad de abrir compuertas de intercambio con otras civilizaciones...

7. Surgió la pretensión de localizar "ejes del mal", olvidando que hoy día coexiste lo local y lo global, lo desregulado y lo regulado, al mismo tiempo.

Ya no es tan fácil pasar de la política desarrollista de hace 40 años, proclamando ahora: "independízate", "sé autónomo", "ve tranquilo"... , sin invertir los países más ricos en pro de la "autonomía" de los países menos favorecidos.

8. El terrorismo hoy más que nunca está "deslocalizado": de cualquier lugar puede surgir...

La pretendida acción de "dar de baja" a terroristas es completamente ineficaz, no solamente en términos de defensa, sino que genera una reacción contraria al mal que pretende combatir y exorcizar.

9. Tras el extremismo guerrillero inmediato al 11-S, surgió un cambio geopolítico aparentemente más mesurado.

La moderación del presidente Obama respecto a Oriente Medio, el reciente ingreso de Palestina como "Estado Observante" de las Naciones Unidas pese a los escasos votos en contra y a los abstencionistas, o del presidente Juan-Manuel Santos relanzando un proceso de paz con la guerrilla de las FARC en Colombia, son ejemplos de ese mediano cambio.

10. Estamos lejos de superar el fatídico 11 de septiembre...

Es necesario generar una conciencia de tener que vivir y tratar de resolver entre todos, a nivel planetario y global, nuestras contradicciones.

11. Del círculo vicioso de una economía enmarcada en el "crecimiento

productivo a ultranza", se deriva, paradójicamente, la inutilidad de jugar a la guerra.

Jugar a la guerra nos deja en ruinas y la "lucha contra el terrorismo" ha desencadenado un endeudamiento generador de la crisis económica actual.

Ante esas "lecciones" que serían más bien proposiciones abiertas que "moralejas", valdría la pena evocar un párrafo epistolar:

Si la aquiescencia a la guerra es un desborde de la pulsión de destrucción, lo natural será apelar a su contraria, el Eros. Todo cuanto establezca ligazones de sentimiento entre los hombres no podrá menos que ejercer un efecto contrario a la guerra (*Carta de Freud a Einstein sobre la guerra*).

Finalmente, las grandes manifestaciones musicales o deportivas de las sociedades contemporáneas que a pesar del terrorismo perseveran, participan de un nuevo paganismo que a todas luces abre las puertas a una condición postcristiana. Esa religión "en estallido" que antes del Concilio Vaticano II preconizaba Michel de Certeau, empieza a corroborar una hipótesis: la posibilidad de efectuar el pasaje de un registro de validación del creer institucional a dimensiones más comunitarias e intersubjetivas de la vida social (Sanabria y sus *Vínculos virtuales*). Ante los nuevos caballeros andantes que, tomándose las redes sociales, podrían generar el colapso de numerosas bolsas de valores (económicas, políticas, religiosas u otras), explicitar ese aspecto renegado de la economía y llevarlo hasta sus últimas consecuencias, conjurando los dispositivos que reducen a los hombres a la exclusión y al consumo que nunca puede ser gasto por estar inscrito en la lógica ciega del crecimiento, apostando por una insurrección ontológica y política que recupere lo sagrado de cada singularidad en el mundo, son las grandes apuestas de la ambigua consumación que expresaría la *parte maldita* de los nuevos caballeros del mundo.

Recebido em: 12/11/2013

Aprovado para publicação em: 03/03/2014